



Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 71 – 20 de noviembre de 2015

En este número

1. **Panorámica sobre José Antonio**, *Rafael García Serrano*
2. **José Antonio, víspera de su muerte**, *Fernando García de Cortázar*
3. **Oración a José Antonio Primo de Rivera**, *Manuel Machado*
4. **Ejercicio ante un 20 de noviembre**, *Manuel Parra Celaya*

Panorámica sobre José Antonio

Rafael García Serrano

Este hermoso poema se titula «Alicante» y lo escribió Marcelo Arroita-Jauregui. Con él quiero abrir esta rápida biografía de José Antonio, compuesta con muchas cosas sueltas escritas anteriormente y, sobre todo, fundada con dos grandes reportajes que *Arriba* publicó hace muchos años.

*El mar, azul oscuro.
Oscuro azul, el cielo.
Una palmera rota
sobre el otoño quieto.
Vuelve el sol.
Las sirenas retumban en el puerto.
Acabará mi estirpe
sobre ese claro duelo.
(Al alba le mataron al caballero).*

Los primeros pasos

La turba infantil revuelve la casa. Nada hay más hermoso que una casa entregada a una pandilla de niños; es el inefable momento en que se descubre cómo la parte inferior de una mesa es nada menos que una isla desierta, y el flequillo del tapete el borde de la selva misteriosa. Se dibujan planos con el escondrijo del tesoro –planos que tienen el mismo delicado y balbuceante temblor de las primeras cartografías– y se enciende la imaginación en el más estupendo de los juegos. Pero también puede hacerse teatro; es muy divertido. Basta con que entre los chicos y las chicas que componen la tribu haya un dramaturgo. En España esto no resulta difícil. En seguida brota el dramón, bien ensangrentado, bien próximo a las últimas lecturas, a la última impresión. José Antonio lee los libros que acomodan al aire de su casa paterna, aire demasiado urgente y vivo para estar al tanto de las novedades. Por eso sus lecturas van del duque de Rivas a Campoamor, pasando por don José Zorrilla; a los clásicos del romántico XIX, que acaba de terminar. Los dramas que escribe el primogénito de los Primo de Rivera –nos lo han recordado con ternura sus compañeros de juegos– son dramones espantosos y atacados de Historia. «El noble godo»;

este apelativo ganaría José Antonio por mostrar reincidentemente su vocación para el drama histórico.

Capitanea a sus hermanos, a sus primos y a sus amigos. Tiene ya un cierto sentido tutelar, ese tacto sereno, atrevido y protector que caracteriza a los hombres dotados para el mando. La herencia contribuye a esta virtud: José Antonio es hijo de un militar de clara estirpe. Son ya dos generaciones –la tercera nos alcanza en la carne y en el alma– muy destacadas en el servicio de la Patria, siempre en los puestos del peligro y del honor. Corre por sus venas sangre que ha peleado en las últimas palestras universales de España; sangre que se ha vertido por España, dentro y fuera de España, igual en los sitios de Zaragoza que en las guerras carlistas o en la hoguera del Imperio, que crepita y se apaga. Hay como una predestinación dinástica en su apellido; como si una estrella alta y trágica marcara su nombre para los trances en que es preciso sacrificar más, entregarse más y morir. Sencillamente: morir.

El primer marqués de Estella enlaza a José Antonio con la vida turbulenta del siglo XIX; José Antonio copia o recibe el dictado de sus Memorias. Su padre trae a la casa la inquietud de cada día, la eterna inquietud de una España que languidece y se empantana sin pena ni gloria. Sin más pena ni más gloria que la de los campos africanos. La política roza con su ala la frente de este muchacho. Don Miguel Primo de Rivera no se resigna a dejar que la cosa pública pase sin su aprobación o su censura; generosamente se entrega a ella. «Cada vez que mi padre pronuncia un discurso tenemos que cambiar de casa», observa el chico mayor de los Primo de Rivera con cierto irónico realismo.

La orfandad –su madre murió en 1908– acrecienta su despierto sentido tutelar. Es el hermano mayor y acoge severamente sus obligaciones con una precoz madurez. Estudios, primeros, ingreso, y un buen día ya es bachiller. Dicen que aquellos destinados a algo verdaderamente grande suelen tener un mediano expediente en su contacto de vanguardia con la ciencia oficial. Aquí se comprueba la posible verdad que encierra esta afirmación: notas discretas y nada que señale el futuro camino. Hay cierta consecuencia en varios sobresalientes: Lengua Castellana, Historia, Psicología y Lógica, rudimentos de Derecho... Aritmética... ¡Ah, y un prodigioso e Inexplicable sobresaliente en Química! Pero sobre todas las calificaciones, sobre todos los augurios, la voz del destino habla por boca del padre.

Una tarde familiar y apacible, una de las pocas tardes familiares y apacibles que la vida reservó al general Primo de Rivera, contempla éste un retrato de su hijo mayor. Como una caricia, mirando al retrato, con sonrisa afable y complacida, con una sonrisa que sabe del dolor y de la esperanza, del riesgo y del laurel, dice: «Este será un hombre del que hablará mucho la Historia».

La Universidad, paisaje triste

Nosotros –los de Filosofía y Letras– ya vivíamos en otro mundo: aulas espaciosas donde entraba el sol, campos de deporte, ocasión de traducir a Píndaro después de correr los 100 metros y de mirar la Sierra entre verso y verso de Santillana y de llevarnos su color antes de girar visita al Prado. Aun así, las crónicas de Eugenio Montes nos traían el perfume tentador de las viejas Universidades alemanas no ha de extrañar, pues, que José Antonio, estudiante en San Bernardo, añorando los dos años que no pasó en Heidelberg, dijese cierta vez a este camarada: «Nuestra juventud, en España, en aquel polvoriento y triste caserón de la calle Ancha, sin paisajes, sin ríos, sin Humanidades; sólo artículos del Código y mesas de billar, es demasiado seca y triste».

Llegada su hora, él ha de conseguir llenar de alegría la misión de la juventud. Será el rescate de su estancia en el antiguo convento de la calle de San Bernardo, y las proezas de sus camaradas, hincados en la Ciudad Universitaria, dando lecciones de buen morir con el fondo cortés y azul de la Sierra por escenario, un dramático homenaje al hombre que les llenó de fe.

José Antonio decide cursar Leyes. Al pronto su decisión le cuesta vencerse a sí mismo en una lucha sorda y callada. Seguramente que la carrera de las Armas tentaría su sangre con la vieja

llamada de la tradición familiar. Pero en seguida encuentra el gusto del Derecho, y su pasión por la Justicia dotaría a sus estudios de una violencia que se acomoda con el temperamento militar de su casta. Adquiere habilidad retórica, ensaya en los pasillos de la Facultad su destreza para la ironía, condición que en el transcurso de su existencia ha de convertirse en aquello que Francisco Bravo llama su «feroz maestría para el sarcasmo».

(Muchos años después pude leer esto: «Valiente, inteligente e idealista, sobraba a José Antonio para ser dictador un humorismo agudo e irreprimible». ¿Y quién le dijo a don Salvador de Madariaga, autor de las anteriores líneas, que José Antonio aspirase a dictador? ¿Quién supuso que la Falange aspirase a la dictadura?).

Años de trabajos y de lecturas: un bagaje sorprendente de incitaciones –la prosa de Ortega, los versos nuevos, la nueva Filosofía, libros franceses, libros ingleses, traducciones–. Es el maravilloso instante en que cada día trae un descubrimiento. Por ejemplo, el amor. Por ejemplo, las primeras luchas. Nadie viva que no se haya peleado en la Universidad. Por el amor y por la pelea pasa José Antonio. Todo dejará un recuerdo. Años más tarde, en días de sosiego, escribirá estos versos:

*Vivamos en el mundo.
Pero tengamos nuestro mundo aparte
en un rincón del alma
Un mundo nuestro
donde tus horas y mis horas pasen,
íntimamente, luminosamente,
sin que nos turbe nadie.*

En junio de 1923 termina su doctorado. En junio de 1923 sienta plaza como soldado voluntario. Tiene veinte años. Va destinado al regimiento de Caballería número 9, Dragones de Santiago, de guarnición en Barcelona. El Capitán General de la región se llama don Miguel Primo de Rivera. Desde la ciudad catalana, en septiembre de 1923, va a sacudirse la pereza de un régimen caduco y el pueblo español esperará ilusionadamente –de arriba abajo– que el general Primo de Rivera lance a la Patria por nuevos y gloriosos caminos. Don José Ortega y Gasset escribiría por aquellas jornadas «Si el movimiento militar ha querido identificarse con la opinión pública y ser plenamente popular, justo es decir que lo ha conseguido por entero... Calcúlese la gratitud que la gran masa nacional sentiría hacia esos magnánimos generales que, generosamente, desinteresadamente, han realizado la aspiración semisecular de veinte millones de españoles sin que a éstos les cueste esfuerzo alguno». Hasta Osorio y Gallardo, que todavía no es pontífice de la juridicidad, pero que ya anda rondando el pontificado, opina: «Cuando los sublevados se jactan de haber recogido el ansia popular tienen razón. En lo íntimo de la conciencia de cada ciudadano brota una flor de gratitud para los que han interrumpido la rotación de las concupiscencias. Los veinte millones de españoles, de todos modos, van a tener que hacer su esfuerzo. Nada es gratuito en la Historia; pero aún faltan unos años para que esto se aprenda.

El hijo de Primo de Rivera

Mientras el Dictador vigila paternalmente a España, José Antonio trabaja en su despacho de abogado. La popularidad del padre alcanza a los hijos. Muchas venturas pudieron cercar a José Antonio, pero no aceptó más que las que se derivasen de su propia satisfacción. En cambio, esa misma popularidad del hijo de Primo de Rivera le pone en contacto con la mezquindad de los hombres. Gentecillas viles que esperan de él un apoyo para sus pleitos inmundos. O, por el contrario, el día en que informa por vez primera ante el Supremo, el que Bergamín –por treta política y profesional– se permita la insolencia de pedir a la Sala que antes de fallar se olvide del apellido que lleva el abogado de la parte contraria: Primo de Rivera, naturalmente. Como la Sala acepta sin réplica la advertencia de Bergamín, es José Antonio quien contesta doblemente: con una cortés gallardía y con una sólida argumentación que asombra al propio Bergamín, maestro indiscutible. José Antonio gana el pleito «con los mejores recursos de su afición», y es pública y

gentilmente reconocido por Bergamín como una de las altas figuras del Foro. De todas maneras, la inmundicia, la basura, la malignidad de los hombres le pone cerco. Las desilusiones van marcando su carácter, dotándolo de un escepticismo superior, llevándolo –sin que él mismo se dé cuenta cabal– hacia el «amargo camino de la crítica». Ve con sorpresa primeriza cómo las gentes encuentran natural que la política enturbia la clara acción de la Justicia; esos magistrados que aceptan la advertencia de Bergamín, esos tipejos que hacen turno en su antedespacho solicitando sus servicios al par que la pretendida influencia del hijo de Primo de Rivera. Tiene que ver todo esto él, que «haría fusilar a los jueces venales». Él, que nos ha dicho: «No existirá jamás una Patria mientras no exista una justicia».

Pero es joven, el mundo está ante sus ojos como el más fascinante espectáculo, y sabe que es preciso marchar adelante. Trabaja. Vive en una alerta continua sobre la literatura, sobre el arte, sobre la filosofía. Vive la existencia cotidiana de un hombre que gana su pan, sin torres de marfil, sin exquisitos desdenes para el esfuerzo de cada día. Es cierto que ejerce aquel magisterio de costumbres del que habría de hablarnos. Refinado, alegre y entrañable, paladea con frecuencia la vena popular española. Es entonces cuando comienza a amar los viejos pueblos de ancestral cortesía, los campesinos que tienen el ademán de gentilhombres. La sociedad –esa buena sociedad de los Ecos que luego se asombrarla al verte capitaneando la Revolución Nacional Sindicalista– le abre sus puertas. Gusta de montar a caballo. «Ningún hombre que no sea un buen jinete será capaz de gobernar un pueblo». Su cerebro se ajusta con rigidez matemática – ¡aquél lejano sobresaliente en Aritmética!– y adquiere la flexibilidad que él tanto admirara en Napoleón. «Cuando quiero, cierro un cajón y abro otro. Me olvido por completo del asunto que antes me ocupaba y me entrego de lleno al que me interesa sobre la marcha». Mister Moore, embajador de los Estados Unidos, quiere que José Antonio visite su país para especializarse en asuntos financieros. Advierte en él una magnífica posibilidad. Algo daría yo ahora porque los jóvenes norteamericanos, ya que no su indeciso clan dirigente, entendiesen la vida y la obra de José Antonio tal y como pudo entreverla, por pura adivinación, su compatriota.

Con solo extender la mano, el hijo de Primo de Rivera tendría para sí todas las ventajas imaginables. Pero él nada quiere que no sea ganado por él mismo. Solamente acepta, en la hora de las traiciones, la gloriosa pesadumbre de ser para todos y para todo el hijo del general Primo de Rivera, el primogénito del Dictador. Cuando la conspiración palatina da cauce al descontento de los intelectuales y de los políticos apolillados y rencorosos; cuando una llave dorada abre las puertas de España a la revolución marxista, entonces José Antonio recaba con sus hermanos el honor y la reivindicación del apellido. Son años enteros de lucha, de desafíos, de bofetadas: desde el desprecio hasta el discurso, pasando por el puñetazo contundente, la dialéctica de José Antonio se esfuerza en conseguir para su padre el juicio desapasionado de los hombres, el respeto, el elogio de lo positivo que hubo en su labor, y nadie como él sabe llegar al análisis más certero de las inevitables equivocaciones de su tarea. Quizá de ahí parte su concepción política. Estos años llevan hasta él el jugo amargo de las traiciones. Cuando su palabra convoque sabrá muy bien a quiénes ha de dirigirse. Sabrá que en España nada es posible sin la generosidad de la juventud, tan dadivosa, que hasta su arribo a la vida pública solamente sirvió de baza en el tanteo sucio y oculto de los profesionales de la política.

Un día de octubre

«Cuando un hombre ama la política, sus hijos suelen aborrecerla». Según su propia afirmación, él debería haber aborrecido la política. Por otra parte, aquellos versos expresaban con precisa diafanidad su deseo de alejamiento, su gusto por la paz, casi un programa de vida:

*...donde tus horas y mis horas pasen
íntimamente, luminosamente,
sin que nos turbe nadie.*

Y, sin embargo, llega un momento en que la política tienta a su despierta madurez. Tiene treinta años escasos. Una espléndida formación. En su torno, sin haberlo buscado, hay una aureola que

da esperanzas a las juventudes revolucionarias y nacionales. También algún caduco pone sus ilusiones en él. Pero el desengaño será brusco. José Antonio pertenece a su tiempo y no le gastará en el rescate de fórmulas no aptas. Comprende que la hora de la acción ha sonado, que ya nada – ni su rotunda vocación de estudioso– puede apartarle de contribuir de modo directo y capital a la salvación de España. Todavía no se siente el conductor de aquellas juventudes. Pero se dispone a prestarles su concurso para ponerlas en trance de encontrar el secreto designio que agita febrilmente a los mozos españoles. Acude con humildad y buen bagaje. Para clarificar los objetivos, para conciliar el sentido nacional y el social, para unir a los dispersos, allí está él. Comprende cómo es urgente suministrar a la contienda política una dotación de fe, de la que hasta ese día de octubre apenas puede apreciarse alguna muestra –frenética y desesperada en la mochila de los núcleos extremistas: JONS, carlismo, comunismo, anarcosindicalismo–. Los partidos imperantes, los que realmente cuentan a la hora de legislar y de gobernar el país, son una especie de gigantescas bandas mercenarias dirigidas por condotieros de la política, que nada arriesgan y ganan mucho. En adelante la verdad política trascenderá a las conductas; están en la puesta los destinos de España. También estarán las vidas de los españoles. Por defender la Revolución Nacional-sindicalista será preciso morir. Como el marqués de Mantua ante las huestes del Gran Capitán, podrán decir ahora los avispados dirigentes de los partidos al uso: «Nadie debe pelear con enemigo que ni tiene en nada la vida ni se le da nada porque venga la muerte».

Su voz se alza como el halcón en la alcándara y cae sobre España. Aquel día de octubre –mañana madrileña, con el solcillo elegante del otoño– un puñado de hombres jóvenes sabían ya que España, había encontrado el hombre que necesitaba. Las escuadras augurales tentaban las ágiles porras, acariciaban las dos o tres pistolas que eran su patrimonio común. Porque también sabían que la lucha iba a ser dura y que en el camino más de uno dejaría su vida; pero, al final, esto era seguro, España se alzaría sobre el pavés. Arriba. Debía ser hermoso ser tan poco a saber una verdad tan grande. Años más tarde, con todo el público que dice que estuvo en la Comedia, se podría llenar diez veces el Estadio Bernabeu.

En *El Sol* del martes siguiente, con una agudeza política marchita, por un gesto indudable de buenos avestruces, los muchachos de Félix Lorenzo dedicaron su editorial al acto de la Comedia. «Un movimiento poético», se titulaba. Traía a colación que el comunismo ibérico fue desautorizado por la Internacional moscovita a causa de ser «una capilla literaria». Para evitar el nombre de José Antonio daban un rodeo y escribían siempre «uno de los oradores». «Al fascismo español –dogmatizaban los sabios pontífices– le aguarda el mismo destino que otros movimientos políticos europeos –el liberalismo hasta el conservadorismo– han sufrido en nuestro país: la falsificación y la superficialidad... Lo falso siempre repugna, cualquiera que sea la cosa falsificada» Y se quedaron tan anchos, sin calar en la profunda autenticidad de aquella bandera que se erguía sobre la desmantelada tierra española.

José Antonio en tres años decisivos

«Administradores y electoreros se afanaban en los preparativos locales para que el señorito sólo tuviese que comparecer a última hora, con su maletín de billetes y sin pronunciación británica, a deshojar, por fórmula, un par de desmayados discursos, en lucha con la penuria intelectual y la exigüidad del vocabulario, ante los rostros indescifrables de los lugareños».

Este era, según José Antonio –y la fidelidad del retrato está comprobada a derecha e izquierda–, el panorama del sufragio universal en tiempos de la Monarquía. Sobre poco más o menos ése fue también el panorama electoral en tiempos de la República. A lo sumo cambió el acento de los señoritos. En lugar de la pronunciación británica podría ponerse cualquier otra pronunciación –incluso la rusa en las elecciones del 36–, si no de absentismo material, de absentismo espiritual, cuando no de coloniaje. Se servían doctrinas extranjeras, y el maletín de los billetes unas veces llevaba billetes y otras unas promesas fantásticas o unos latiguillos de efecto. O un bajo halago a los peores instintos: la pornografía y el crimen contaban a la hora de los discursos electorales.

Se pasaba la cuenta de los abuelos republicanos como otros vivían de la renta de sus abuelos de la Reconquista, y, por supuesto, con el mismo derecho. Por eso José Antonio fue candidato «sin fe y sin respeto» (La primera vez que se presentó a diputado «en defensa de la sagrada memoria» de su padre, le echaron por delante un ilustre y honrado santón que ya nada tenía» que ver con nada. Los constituyentes y la coalición republicano-socialista se acogían a fórmulas casi milagreras con tal de no ver a un defensor convertido en fiscal.

Sacaron, pues, del desván a un hombre de mente fina –por el que, naturalmente, sentían el infinito desprecio de los tipos prácticos– y lo pasearon profesionalmente por los colegios electorales. Así pudo ser mínimamente derrotado José Antonio. Del Congreso venía un tufo agrio y sudoroso. La taberna de las mezquindades no daba más.

La calle conoció pronto las primeras sudadas falangistas. A la novedad de una política correspondía un nuevo estilo de plantear la batalla. Con estas primeras audacias –de aire deportivo y alegre, banderas en la Casa del Pueblo, en las torres de las iglesias, en el Viaducto– vinieron las represalias crueles. Se trataba de ahogar por el terror el Movimiento que nacía con un ímpetu peligroso. Desde entonces no nos ha abandonado la tremenda pesadumbre de nuestros muertos. José Antonio esperaba antes de iniciar la réplica sangrienta: «Hay que cargarse de razón», dijo «¿Y de muertos?», preguntó alguien. «De razón. Los muertos nunca son una carga». Un bienaventurado humorista de la derecha se inventara aquello de funeraria española y de Juan Simón el enterrador, y también dirá que lo que hacen los falangistas que mueren en la calle es ganar el cielo, pero no una Patria. Fracasan las burlas de los timoratos y las incitaciones feroces de los que sueñan con una guardia pretoriana, como fracasarán los crímenes: la Falange está en marcha. Sainz, Provincial de Toledo, quiere hacer una sonada. «Muy bien –contesta José Antonio–. Puesto que los cadetes del Alcázar dices que son falangistas en su mayoría, te encierras con ellos y tus escuadras en el Alcázar, proclamas la Revolución Nationalsindicalista y volaremos todos a ayudarte para conquistar España saliendo de Toledo».

Entre tanto Castilla entera conoce a la Falange Española. Ya, Falange Española de las JONS. Los pueblos y las ciudades de España van escuchando y descubriendo de qué parte están la razón y el coraje. Estudiantes y campesinos, obreros y burgueses, oficiales del Ejército, antiguos legionarios, toda la innumera España que gusta de la justicia y la aventura, del rigor y la verdad; toda la eterna España que siempre se entregó con despilfarro a las empresas nacionales, va agrupándose en torno a José Antonio. El da el ejemplo; vende *FE* en la Puerta del Sol, persigue a tiros a los pistoleros que intentaron asesinarle a la salida de un juicio celebrado en la Cárcel Modelo, escribe artículos maravillosos de los que aún no podemos apreciar su singular valor literario, lo que significan en punto a renovación de la prosa, por su actual y operante sentido político, parte el pan con los camaradas se enfrenta con la Policía, con el Parlamento, con la izquierda, con la derecha, con los que persiguen su vida. «Lo mismo te pesca un matiz de Rabindranath Tagore que le pega un tiro al lucero del alba», dirá de él Agustín de Foxá. Sin fatiga, sin descanso, sin que prenda en él ningún desanimo, acude a la buena voluntad de los españoles. Pero andan la mayoría de estos muy metidos en comodidad, en miedo o en traición para atreverse a escucharlo: esto es lo que se llama la masa neutra española, la que decide en las convocatorias electorales. Sin embargo, la juventud española distingue a José Antonio: unos con su fanatismo leal, con su fiel amistad; otros con su odio rabioso. Odio que no estaba exento de calidades admirativas y respetuosas. Su gallardía, su firmeza, eran reconocidas por todos. «El chulo simpático», le llamaban los socialistas. Decían chulo porque el rencor –y hasta la falta de costumbre y de conocimientos idiomáticos– no les permitía decir «el héroe simpático». Y él es como un héroe de la Caballerisca. En la vida le rodea su propia leyenda: como los héroes goza de buenos amigos, de los mejores camaradas. La tenacidad de Julio Ruiz de Alda está junto a él. José Antonio quiere que los suyos sepan dar a la camaradería todo lo que tiene de sagrada: «Los camaradas deben ser como hermanos deben saber no solo dónde viven, sino que también deben conocer hasta el color del pelo de sus novias». Sus constantes lecciones de humanidad prenden en los que marchan tras de sus consignas con el fuego violento de la «fides Ibérica». Mejor que

nadie, Eugenio Montes, un día de auténtica camaradería, lo dijo sobre los humildes manteles de un café popular, de boda y bautizo: «José Antonio reúne todas las condiciones de Amadís: es joven, recio, animoso, dulce, caballeresco y guapo. Y, por todo esto le sigue la Juventud española, harta ya de monstruos físicos».

Ni en un solo momento, en los tres años ásperos y peligrosos que van desde el acto de la Comedia hasta su muerte, le apresa la garra del odio. Su doctrina es de unidad.

No odia a los que combate. Quiere atraerlos a sus filas, convencerlos de la verdad que representa, y él entiende las razones del contrario. Si es necesario un canto de exaltación eliminará de él, a propio intento, cuanto pueda tener un ademán iracundo. «Haremos una estrofa a la novia, otra a los caídos y una que remate con aire seguro de triunfo». Así nace el «Cara al Sol».

La revolución de Asturias ha sido el último aldabonazo, la última ocasión que los políticos han dejado pasar en vano. José Antonio sabe que la próxima lucha no se reducirá a los simples trámites electorales. Presagia ya la dulzura magnífica de un otoño en que morir por la Patria. La línea insurreccional de la Falange se insinúa, y la radicalización de la doctrina se acentúa día a día.

Febrero del 36 trae un mal viento a la tierra española. Se vive en guerra civil. La Falange es perseguida sañudamente. Los nuestros matan y mueren. José Antonio está en la cárcel. Desde allí dirige el movimiento clandestino. Un gigantesco aparato revolucionario se prepara en las sombras –mientras desde el Poder se abren las puertas a los cipayos y hasta a los cosacos del Kremlin–, y es la mano de José Antonio la que mueve el tinglado de la conspiración falangista. Es verdad que la Falange no nació para conspirar, pero la obligan a ello. Tampoco queda ya ni pedazos de aquel «mundo aparte» que un día soñara. No hay «mundo aparte» Sus palabras se hacen más precisas, más aceradas. Su cólera cae sobre los enemigos de España y sus sarcasmos azotan a los currinches que se han erigido en beligerantes frente a los hombres que pelean por la Justicia, el pan y la Patria, para todos. Sin embargo, siempre su generosidad pone sordina al arrebatado de sus camaradas. Es su intervención la que salva de una muerte segura a Largo Caballero. Toda la inmensa España vive pendiente de sus decisiones. Ya es público que la postrera esperanza española reside en su doctrina. Ya no es el hijo del Dictador, ni el hijo de Primo de Rivera, ni José Antonio Primo de Rivera. Para los que en él esperan, para los que le odian a muerte, para los que se aventuran en su nombre, para los que van a visitarlo a la Modelo de Madrid llevándole un balón de fútbol raziado en unos almacenes judíos; para los que hacen colas interminables en la plaza de la Moncloa por oír una sola palabra suya, para los que se inventan parentescos que les permitan el acceso a la cárcel, él es, a secas, José Antonio. En tres años tiene ya el nombre escueto de los capitanes.

Lo han dejado solo frente al enemigo. Los administradores de la derecha española lo abandonan en el tapete electoral. La ceguera de Gil Robles, su soberbia, que le hace plagiar a Cisneros contando sobre millones de pesetas y no sobre hombres, de modo que toda España ríe cuando, bajo el «Estos son mis poderes» de su slogan electoral, aparece el luminoso de una pastelería, ha negado el pan y la sal a la vanguardia de España. Gil Robles pacta con masones en activo, con turbios republicanos, y hasta extirpa puestos electorales a partidos de derecha de honda línea nacional simplemente «para compensar las pérdidas que sufría en sus tratos con el Gobierno» de Portela, el «croppier» del sufragio universal. El mismo Pla, en su *Historia de la II República*, se escandaliza de toda ello: «No se logró –¡Dios mío!– ni la inclusión en una candidatura segura del nombre y de la persona de José Antonio Primo de Rivera».

«Es la época heroica de la Falange «escribe más adelante–, la época de los grandes sacrificios y de las empresas peligrosísimas. Es el momento que la figura de José Antonio se forma en el ánimo de las gentes –de todas las gentes–. Para execrarla, unos; para ver la grandiosidad de su posición, otros... A José Antonio se le inventa ahora un proceso. Un registro policíaco –estando el señor Primo de Rivera en la cárcel– encuentra dos pistolas en su domicilio. Una en el bolsillo de

un abrigo que no le pertenecía. La vista de la causa se produce ante la sección primera de la Audiencia de Madrid: tenencia ilícita de armas. José Antonio se defiende a sí mismo. La sentencia: cinco meses de cárcel. Se produce un gran escándalo en la sala al conocerse la sentencia. Los gritos de «¡Arriba España!» crepitan. José Antonio se despoja violentamente de la toga. Llegan camiones de guardias de Asalto, que toman el edificio. José Antonio entra en la cárcel para no salir ya. Esta sentencia será, ineluctablemente, su muerte».

La Falange, acorralada, perseguida, mantiene un frente de esperanza. Desde Alicante, a donde ya lo han trasladado, José Antonio enlaza con Franco y con Mola, y lleva la voz de la Falange hasta los cuartos de banderas. «A primeros de mes (de Julio) –se lee en el famoso libro de José María Iribarren– un primo de José Antonio, llamado Sáenz de Heredia, llegó a Pamplona y entregó a Mola el borrador de una proclama clandestina que Primo de Rivera dirigía al Ejército, y que se titulaba: «A los militares». El general, tras leer el precioso documento con emoción incontenible, aprobó íntegramente su texto. El enlace volvió a Madrid y la proclama fue impresa y repartida entre la oficialidad afecta. Durante la conspiración, el general dispuso, de un enlace directo con Alicante, por mediación del cual se relacionaba con José Antonio, preso en aquella cárcel. Este, desde el principio, le ofreció el concurso de los falangistas, con los que siempre contó Mola».

Franco, antes de salir para su destino de Canarias, se entrevistó con José Antonio «en casa de una persona del afecto e intimidad del general», refiere Joaquín Arrarás en su autorizada biografía del Caudillo. «Primo de Rivera le expuso cuál era la situación de Falange Española y le dio a conocer los elementos de que disponía en Madrid y en provincias para un momento dado. El general le recomendó continuara en relación con el teniente coronel Yagüe, al cual le conocía el señor Primo de Rivera por haberse entrevistado con él en aquella misma casa».

Alicante es para la inquieta España de hace veinticinco años el lugar donde reside la esperanza. José Antonio organiza la vida de todos sus camaradas alicantinos presos junto a él; trabaja y hace trabajar. Nadie piensa que pueda morir. Su vida ha estado en el azar del combate infinidad de veces –así es de chirriante la convivencia política bajo la democracia española–, pero ahora el triunfo es seguro y ya no podrán arrebatararnos su vida.

«¡Eh, las provincias en pie!»

Días antes del Alzamiento corrió el rumor de que José Antonio iba a ser trasladado de la cárcel de Alicante a la de Vitoria. Digo ahora, y vale para todo lo que aquí se cuente más adelante, que ignoro el fundamento de este rumor y hasta su área geográfica –aunque de que llegó a Pamplona respondo personalmente–, porque estoy convencido de que todos, involuntariamente, nos inventábamos algo, y ya he afirmado más de una vez que en nuestras escuadras siempre abundaron los estupendos imaginativos. Cuando nos soltaron la noticia nos supo a gloria, porque en Pamplona se aceptaba popularmente la idea de una rebelión triunfante como la cosa más natural del mundo. Nos parecía que descolgarnos de Pamplona a Vitoria sería coser y cantar, porque Vitoria no fallaría, y ya en Vitoria, con José Antonio a la cabeza, la marcha sobre Madrid –todo el mundo estaba convencido igualmente de que habría que marchar sobre Madrid– una simple y lógica consecuencia de algo que para nosotros tenía un enorme e indiscutible valor militar: la presencia de José Antonio en nuestras filas.

El había dicho que la Falange crecía «como un jazmín trepador, fresco y fragante, sobre la tumba de un siglo de estupideces». Aquel julio de sangre la Falange se esparce en guerrilla por los campos españoles, codo a codo con el Ejército y con los requetés; las breñas de Somosierra, las dulces y verdes jigas guipuzcoanas, el altivo Pirineo, la tierra reseca y dolorida de Alcubierre, los arrabales de Oviedo, las piedras sagradas del Alcázar, el patio de la Montaña en Madrid y la plaza de Cataluña en Barcelona; los pueblos andaluces, los tiernos paisajes de Galicia, las Manadas y sierras extremeñas, las cubiertas de los «bous», el campamento de Dar-Riffien, los cedros de Ketama, la magnificencia de las huertas levantinas, la brava y unánime Navarra, el granítico y ofensivo Valladolid de Onésimo; toda España había oído la voz de José Antonio llamando al combate: «Trabajadores, labradores, intelectuales, soldados, marinos, guardianes

de nuestra Patria: Sacudid la resignación ante el cuadro de su hundimiento y venid con nosotros por España Una, Grande y Libre. ¡Que Dios nos ayude! ¡Arriba España!» Y firmaba bajo la fecha: Alicante, 17 de julio de 1936».

Recuerdo que el 19 de julio se vitoreaba a José Antonio; pero, en cambio, tengo la sensación de que nadie preguntó: «¿Qué pasa en Alicante?». Al menos, yo no pregunté a nadie ni a nadie tuvo que responder a demanda de este tipo. Calculo que poníamos todo en las manos de Dios, y hasta creo que confiábamos en que cada ciudad española conociese un domingo tan maravilloso como aquel que nosotros estábamos viviendo, con lo cual, claro, no hubiese habido el menor problema. Si José Antonio hubiera sido trasladado a la cárcel de Zaragoza, de San Sebastián, de Vitoria, pongo por caso, entonces sí que aquel día hubiéramos tenido la concreta preocupación de su suerte. Recuerdo, en cambio, que en Aranda de Duero –ya metidos en la famosa marcha sobre Madrid– ya que comenzamos a indagar novedades sin sacar nada en limpio. Nadie nos dio razón de José Antonio, y ahora pienso que lo que entonces hacíamos era buscarlo por toda la geografía española, revolver el desván para ver si encontrábamos aquel viejo prodigio del Amadís. Unos abríamos los amplios armarios castellanos, y otros registraban las claras salas andaluzas, y otros se asomaban a las boardillas de la montaña, y otros a los ventanales del mar. A nosotros, vagamente, nos tocó seguir la pista de aquel verso de Alfaro:

*Del Arlanzon al Duero
el capitán se ha perdido.*

En Somosierra, por fin, tuvimos la primera noticia. Yo lo recuerdo en *La fiel Infantería*: «Nos dieron orden de estar preparados para el amanecer siguiente: se reanudaba el avance. Antonio y Mario saltaban abrazados. Rafael manoteaba con un periódico. Me llamaron con aire jubiloso:

–Mira, mira...

No sé qué hoja menuda de provincia traía la noticia: al frente de una columna de falangistas, José Antonio marcha sobre Madrid.

Al rezar el rosario dimos gracias y no pedimos nada. Aquella noche lo teníamos todo».

Era un jubiloso morir el de los días iniciales, con la fe intacta, con el triunfo ante los ojos, y creo que esta afirmación es válida para los combatientes iniciales primeros de ambos bandos.

José Antonio, en Alicante, permanecía aislado, solitario, esperando a sus escuadras. Un intento suicida de liberación casi hace llegar hasta su celda el rumor de los disparos. Los falangistas de Callosa –con una desesperación sublime, con una «fides celtibérica» anticipada– se dejan matar sobre el terreno antes de abandonar la imposible empresa. José Antonio sabe todo esto, siente en su torno la angustia feroz de sus camaradas, y en la urgencia dramática de aquel verano todos pensamos en él, todos hablamos a diario de él.

Otoño final, otoño primero

Esto de la Era Azul me parece que se lo inventó Teófilo Ortega, Por entonces se ponía debajo de la firma de los artículos, o en algunos artículos. «Año I de la Era Azul». La Era Azul, aunque parece mentira, comenzó en el primer otoño de la guerra, porque el otoño siempre es propicio a estas cosas, ¡qué le vamos a hacer! De la fabulosa confianza de aquel tiempo dará idea esto: se celebró una reunión de arquitectos que planearon la tribuna desde la que José Antonio habría de arengar, en la plaza del Castillo, a sus falanges en pie de guerra. Hubo importantes intentos de liberarlo. Se formó una tropa selecta, una guerrilla dispuesta a todo. Conocí camaradas que se enfadaron apasionadamente por no haber sido elegidos para tan peligrosa tarea, y sus reproches, a lo celtibero, solían recaer sobre alguno de sus amigos que hubiese sido convocado para el honroso riesgo. «Ese no vale lo que yo», decían altivamente. Y me parece que se equivocaban, porque para luchar por la libertad de José Antonio cualquier falangista normal hubiese valido. Pero tampoco aquello sirvió. José Antonio estaba solo.

Él, que muchas veces ha predicho su muerte, la espera ahora. «Nunca es alegre morir a mi edad». Tiene treinta y tres años, esa misteriosa edad señalada por la sangre de Cristo, y a Cristo, y como redentor de su Patria, él va a ofrecer su sacrificio por la paz y la grandeza de España. «¡Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles!». Está dispuesto y con clásica gravedad atiende a su final. Cuando un periodista, en ocasión de haber salido indemne de un atentado, le preguntó: «¿Por qué hubiera usted sentido más morir esta tarde?», José Antonio, sencillamente, dio su respuesta: «Por no saber si estaba preparado para morir. La eternidad me preocupa hondamente. Soy enemigo de las improvisaciones. Igual en un discurso que en una muerte. La improvisación es una actitud de la escuela romántica y no me gusta...»

No fue un arrebato su iniciación política. No se deja arrebatar ahora «por la póstuma reputación de héroe».

Defiende su vida, que él sabe necesaria para España. Toda su vida ha sido una preparación de la muerte, de un modo singular esos tres años de predicación, de persecución, de lucha: estos tres años, como unos ejercicios espirituales y tácticos de la muerte, estos tres años que acaban en la maldita madrugada de noviembre.

«¿Sabéis qué es lo que más me gusta del Cid? Que ganaba batallas después de muerto», confesó un día, a sus fieles. Suscitó la leyenda de un Cid, la admiración y la lealtad de un Juan de Austria. Fue un príncipe de la juventud, el mejor hombre que ha tenido España en muchos siglos. Y ganó batallas después de muerto. Y era tan humano que también las perdió, o, mejor dicho, nosotros las perdimos en su nombre.

A la noticia que yo leyerá en *El Pensamiento Alavés* –un día o dos después del 20 de noviembre de 1936, o quizá aquella misma noche– siguió el nacimiento de la más hermosa leyenda que he visto florecer. Cualquiera sabe la historia del Ausente, la esperanza que germinaba bajo esta casi sacra adjetivación; pero lo que ya no sabe todo el mundo es hasta qué punto el discreto silencio de los que estaban en el secreto –no sé si pocos o muchos– se transformaba en ilusionada espera para nosotros, los de filas. He hablado con centenares de camaradas que tenían noticias frescas, recientes y verosímiles de José Antonio. He escuchado consignas suyas llegadas directamente desde «un lugar de España» o «un sitio del extranjero».

Eugenio Montes, luego se lo he oído contar, gestionó la vida de José Antonio desde París. Supo, claro, la verdad. Pues bien; en enero de 1937 visitó Pamplona. Allí lo conocí. Con un respeto imponente y una valerosa timidez que ahora me parece ingenua y hasta deliciosa, metí baza en la conversación que alrededor de una fantástica mesa, colocada bajo un arquero pintado en la pared por Crispín, sostenían don Fermín Yzurdiaga, Ángel María Pascual, Pedro Lain, Carlos Foyaca, no sé si López Ibor y Ángel de Huarte con Eugenio Montes. «Cuando vuelva José Antonio será como un príncipe y a sus hijos los haremos reyes», dije, más o menos, con un arrebato de fundador de dinastías del que no me arrepiento. Y Eugenio Montes hizo historia de cómo las estirpes que sirven a la Patria alcanzan los principados y luego los tronos. Pero ni dijo ni media palabra de las gestiones en París, ni tampoco de una que pudo ser decisiva, llevada por el viejo conde de Romanones, con el ministro de Asuntos Exteriores de Francia.

En las formaciones de la Bandera 26, a la que pertenecía entonces, y que acababa de ser constituida con solera de los primeros días, gritábamos reglamentariamente: «¡Arriba España! ¡Viva José Antonio!», antes de romper filas. Y con motivo de alguna manifestación patriótica no era raro el oír: «¡Viva el Ausente!».

Por aquel tiempo se acabaron la Era Azul y la guerra de guerrillas. Las guías Michelin ya no guiaban a ningún Estado Mayor, por minúsculo que fuese, y la guerra se metía en escala europea, universal. Madrid ya no era una fruta madura, y de las heroicas improvisaciones de la primera hora surgía un Ejército. Ya nadie hablaba de la marcha sobre Madrid, ni siquiera de la guerra; se hablaba de la campaña. En cuanto a la vida de José Antonio, todos sabíamos que estaba en peligro, pero que, en definitiva, habría de salvarse. «Pilar ha recibido carta de José Antonio»,

afirmaba uno, uno que pasaba, y cuya única credencial era la camisa azul. Y eso bastaba a nuestra fe de carboneros armados. Por lo demás, la Bandera 26 sostenía que José Antonio estaba seguro, razón suficiente para que yo, sencillo jefe de escuadra, mantuviese a toda costa la tesis de mi unidad.

«José»

La vaguedad, la confidencia, el puro rumor, el agarrarse a un clavo ardiendo: la fe. Esto es lo que caracterizó un periodo fundamental de nuestra vida de jóvenes falangistas. Leímos en los primeros meses de 1937 una espléndida entrevista con Manuel Hedilla. Al final, Víctor de la Serna le interrogaba sobre José Antonio. Herido vivamente de camaradería y añoranza, Hedilla respondió: «¡José!». Ni uno sólo de nosotros vio en la hermosa retórica con que el periodista rodeaba esta simple invocación otra cosa que literatura de la buena. Ninguno de nosotros caló en lo que había en ella de dolorosa confesión. Particularmente diré que lo único que me chocó fue el ver que alguien llamaba José a quien para todos era José Antonio. Después me han dicho que ésa era una costumbre familiar, pero no lo he comprobado.

Cada cual se procuraba las más extravagantes noticias en su especial intendencia. Había el que habló el miércoles pasado con un camarada que lo vio quince días antes. Había el que precisaba detalles escalofriantes sobre un fusilamiento simulado. Había quien deslizaba consideraciones sobre el tutelaje que un heterogéneo grupo de potencias había montado cerca de José Antonio, había quien hablaba de un José Antonio gravemente afectado por las consecuencias de un asalto a la cárcel. Nos daba brincos el corazón con cada una de estas noticias, y sin aperebimos nosotros mismos las redondeábamos. Se hablaba de José Antonio aquí y allá, en el frente y en la retaguardia, y su retrato estaba en las chabolas de primera línea, en las viejas carteras de los soldados, en los puestos de mando, en los hospitales, en las casas humildes y en las miserables casas de los campesinos. Aquellas casas que él alegró con su paso, que él llenaba de fe. Los niños que nacían se llamaban José Antonio, y las niñas María Victoria. Había todo un romancero popular y hasta bárbaro de José Antonio, lleno de impetuosa virulencia, y en una Bandera de Navarra oí esta copla:

*Con un puñado de sal
y otro de canela en rama
hizo Dios a José Antonio
para que salvara a España.*

También oí otra, una noche de Teruel, a una Bandera de la Legión, que volvía de operar, y la copla en triste y fría como la nieve menuda que caía sin cesar.

*Échale amargura al vino
y tristeza a la guitarra;
compañero, nos mataron
al mejor hombre de España!*

Hablaban de él los rojos de zona nacional que comenzaban a conocerlo con asombro, como más tarde ocurriría con los demás –como ocurrió con los que escucharon su defensa–, y bien claro vimos al pasar su entierro por la Ciudad Universitaria que los que en aquellos mismos campos desmochados se batieron frente a casi todo lo que José Antonio representaba y también frente a cosas, reconocían con ademán triste lo que habían perdido al perder la vida de aquel hombre joven, generoso, audaz y de mente abierta, luminosa y ordenada.

Resulta a estas alturas –veinticinco años ya. Señor, uno a uno sobre nuestros corazones–, resulta muy fácil hablar del «sebastianismo falangista»; pero, ¿quién de verdad, aun sabiendo lo que ocurrió un 20 de noviembre, no esperaba el milagro? ¿Cuántas veces no razonamos con sus propias palabras: «Nuestra misión es difícil hasta el milagro, pero nosotros creemos en el milagro»?

Recuerdo conmovidamente el tono misterioso y seguro que empleábamos para convencer a los demás y la inocencia con que se aceptaba ese mismo tono cuando venía dirigido a nosotros. «Cuando vuelva José Antonio» era una frase de curso habitual y un escudo que nos protegía contra desilusiones, amarguras y desfallecimientos. Casi con el triunfo nos vino la noticia irrefutable. Yo oí el discurso del Caudillo desde mi cama del hospital. «Era un día claro de otoño y rompí a llorar desconsoladamente y a la otra mañana, en los funerales, todos teníamos los ojos enrojecidos». Esto que ahora cuento es una locura, pero es verdad. Por mi parte, y creo que no fui el único, aún esperé. Fue en Alicante una tarde de sol, cuando ya no hubo lugar a la duda. Esa tarde comenzaba el penúltimo peregrinaje de José Antonio por las tierras que amó y entendió como nadie. Comprendo que nuestra terquedad parecerá ridícula: pero a mí me gusta contarlo así, y además es la pura verdad, y cuanto pienso en ello, y en que entonces, junto a la tumba de José Antonio, se nos acabó la juventud a muchos españoles, me parece sentirlo vivo dentro de mi corazón como la alegre, vital y purificada sangre de España.

Tomado de *Arriba*, 3 noviembre de 1961

José Antonio, víspera de su muerte

Fernando García de Cortázar

José Antonio Primo de Rivera fue rotundo en su protesta contra los exabruptos de rancio provincianismo mesetario oídos, el 4 de enero de 1934, en el debate sobre los problemas de Cataluña que tenía lugar en las Cortes: «Cuando nosotros empleamos el nombre de España, hay algo dentro de nosotros que se mueve muy por encima del deseo de agraviar a una tierra tan noble». Sus reproches iban destinados a quienes, dentro y fuera del parlamento, confundían la defensa de España con el desprecio, por pequeño que fuera el ultraje, a lo que era entonces Cataluña y a lo que había significado en la formación de una nación que debía concebirse no sólo como marco sentimental o constitucional, sino, además, como voluntad de realizar una gran misión civilizatoria. «Si alguien hubiese gritado muera Cataluña, no sólo hubiera cometido una tremenda incorrección, sino que hubiera cometido un crimen contra España, y no sería digno de sentarse entre españoles».

Unos meses después, haciendo frente al juicio histórico de la Dictadura, se dirigió a los representantes del pueblo para recordarles la necesidad de un cambio profundo que regenerara nuestra nación. España estaba «oprimida entre dos losas que todavía no ha conseguido romper: por arriba, la falta de toda ambición histórica; por abajo, la falta de una profunda justicia social». El discurso fue condenado, en especial, por la derecha más torpe y reaccionaria, que en voz de José Pemartín y en las páginas de Acción Española, indicó al fundador de Falange que dejara de coincidir con los demagogos y olvidara su debilidad por los intelectuales. Porque los problemas de Alemania o de Italia los habían resuelto un pintor de brocha gorda como Hitler o un albañil como Mussolini, y en España habría de seguirse un camino parecido. Si los agravios lanzados contra Cataluña debieron preocupar a quien tenía de España una idea verdaderamente unitaria, las majaderías propinadas al pensamiento habían necesariamente de conmover a quien tanto afán sentía por hacer de España un ámbito cultural cuyos valores fundamentaran la calidad de nuestra convivencia.

Sobre dos cuestiones gravísimas como el antagonismo de clases y el conflicto regional, José Antonio habló de un modo que quizás sorprenda aún a quienes, en ambos asuntos,

flaco favor siguen haciendo a su memoria. Y a quienes brindan un apoyo más escaso, incluso, a la empresa nacional en que consiste España todavía. La sordera de quienes le consideraban uno de los suyos, y la indiferencia de quienes nunca llegaron a creerle, ocasionaron el aislamiento político y el silencio de un mensaje que fue contaminándose por las urgencias coyunturales. Y que, reflejando lo que sucedió en casi todos los espacios de compromiso político, condujo a una radicalización intolerante, en la que la causa de España fue perdiendo a quienes mejor deseaban servirla.

Preso desde la primavera de 1936, el jefe nacional de Falange organizó a sus hombres para lo que le parecía ya inevitable. Había que asaltar aquella República cuyas intenciones originales consideraba corrompidas. Creyó necesario llegar a esa violencia que había anunciado como recurso último cuando la integridad de España o el sustento de su civilización se hallaran en peligro. La preparación del movimiento de julio de 1936 atestigua su preocupación por lo que pudiera ocurrir con Falange como gran proyecto nacional, pero también su decisión de no dejar escapar una ocasión aunque le exigiera cualquier sacrificio personal y del partido. También el sacrificio postrero, la entrega de su vida. La sentencia del Tribunal Popular de Alicante, atroz y previsible, le dio tiempo a poner su conciencia en orden, hablando consigo mismo, con sus amigos y camaradas, con España y con Dios en vísperas de su ejecución. Dudo de que un español bien nacido pueda evitar conmoverse al leer su testamento. Como otras palabras que se escribieron en trances parecidos, nos indican la calidad humana que llegó a inmolarsse en nombre de la patria, a uno y otro lado de aquella línea de sangre que empapó el paisaje de España durante tres años.

Un generoso propósito

Habló de la doctrina de Falange ante sus jueces, de los motivos que le habían llevado a constituir aquel movimiento juvenil. Lamentó que la mayoría no hubiera llegado a entender aquel propósito generoso. Porque, de haber sido así, de haberse comprendido lo que Falange significaba, ni él estaría ante un Tribunal, «ni otros matándose por los campos de España». Defendió la insurrección a la que Falange se había sumado, negando que pudiera calificarse de un golpe mercenario. Pero esperó, con reticencias que habrían sido mayores de tener más información, que sus camaradas y «su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que sueña la Falange». Suplicó que fuera la suya «la última sangre española que se vertiera en discordias civiles».

Pidió a Dios que acogiera su muerte «en lo que tenga de sacrificio para compensar en parte lo que ha habido de egoísta y vano en mucho de mi vida». Rogó que la sangre ya vertida «me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acojan como el último de ellos». Y confió en la paz merecida por el pueblo español, que al día siguiente seguiría enfrentándose en aquella contienda enloquecida. Luego esperó en soledad antes de decir a quienes iban a morir con él, ante el pelotón de ejecución: «Valor, muchachos, que esto es solo un momento». Demasiados momentos como aquel en la España trágica, en la España ciega a sus valores, en la España de la intolerancia y de la inclinación al exterminio de hombres y de ideas. Demasiados momentos que segaron la vida de hombres y mujeres que merecieron, entre todos, una gran nación. Y, de uno en uno, la piadosa, la radiante, la perfecta eternidad.

Tomado de *ABC*

Oración a Jose Antonio Primo de Rivera

Manuel Machado

José Antonio, ¡Maestro!... ¿En qué lucero,
en qué sol, en qué estrella peregrina
montas la guardia? Cuando a la divina
bóveda miro, tu respuesta espero.

Toda belleza fue tu vida clara.
Sublime entendimiento, ánimo fuerte,
y en pleno ardor triunfal, temprana muerte
porque la juventud no te faltara.

Háblanos tú... de tu perfecta gloria
hoy nos enturbia la lección el llanto;
mas ya el sagrado nimbo te acompaña

y en la portada de su nueva historia
la Patria inscribe ya tu nombre santo...
¡José Antonio! ¡Presente! ¡Arriba España!

Ejercicio ante un 20 de noviembre

Manuel Parra Celaya

Hace setenta y nueve años, en el patio de la prisión de Alicante, fue fusilado José Antonio Primo de Rivera, joven de treinta y tres años. ¡Cuántas cosas han pasado en España y en el mundo desde entonces! No obstante, su nombre sigue mencionándose –para bien o para mal– por parte de muchos españoles y, también, por otros más allá de lo que eran (y ya no lo son) nuestras fronteras.

Pero el tiempo no transcurre en vano. Casi todos hemos asumido –de la mano de ese joseantoniano, anciano de cuerpo y adolescente de alma, que es Enrique de Aguinaga– que José Antonio, más que ideólogo, ha devenido en arquetipo humano por excelencia: la *manera de ser*, él mismo lo apuntó, define mejor al ser humano que la manera de pensar.

Esto nos sirve en el ámbito de lo personal, si hemos asumido ese *estilo* que, en palabras de Spengler que él hace tuyas, *es la forma interna de una vida que, consciente o inconsciente, se realiza en cada hecho y en cada palabra*. Pero, si pretendemos movernos en el ámbito de lo colectivo y, por qué no, de lo político, muchas veces no dejamos de sospechar y de reprocharnos cierta vocación de *ucronía* (esto es, algo fuera del tiempo) o de *utopía* (es decir, lo que nunca podrá ser en ningún lugar). Mas conviene afirmar que José Antonio no fue ni ucrónico ni utópico: lo primero, porque supo crear, con *voluntad de adivinación*, la concreción, en la hora exacta, de una manera de ser española con un lenguaje nuevo; lo segundo, porque, en el contexto europeo en que se movía, sí hubiera sido posible su proyecto revolucionario.

No, José Antonio no cayó ni en la ucronía ni en la utopía, y la razón estriba en que buscaba, ante

todo, una *eutopía*, que quiere decir *un buen lugar* para que todos los españoles, dotados, según él, de *ricas cualidades entrañables*, pudieran vivir con Patria, pan y justicia.

Si nos limitáramos a repetir fórmulas joseantonianas como si, por sortilegio, tuvieran la capacidad de sobrepasar el curso del tiempo; si, empujados por la musa de la pereza o de un fetichismo histórico, nos limitáramos a desafiar a Cronos, flaco favor estaríamos haciendo, no ya a José Antonio –dichoso en el Paraíso– sino a la tarea que se impuso y por la que murió de convertir España en ese *buen lugar* con vida digna para todos sus habitantes. Y esta tarea, a poco que lo razonemos, no deja de ser revolucionaria en modo alguno.

Habrà que distinguir, al modo orteguiano, entre creencias e ideas; aquellas nos vienen dadas y conforman nuestra interpretación básica del mundo; estas las pensamos y rellenan las dudas que van dejando las creencias. Nuestro mundo de creencias, en lo metapolítico, lo compone en buena medida lo esencial de José Antonio; las ideas, en lo político, corresponden a nuestra responsabilidad, en el marco de nuestra elaboración actual, enmarcada en una circunstancia que, ni de lejos, fue la suya.

El objetivo para los joseantonianos es, por lo tanto, la búsqueda de la *eutopía*, no la esterilidad de la ucronía ni el sueño plácido de la utopía. Y debemos buscarla, y debatirla, junto con otros muchos españoles que, acaso por su edad, quizás por prejuicios y muchas veces por culpa nuestra desconocen a José Antonio.

Si así lo hiciéramos, sería un buen homenaje a su memoria en este 20 de noviembre de 2015, a los setenta y nueve años de su muerte en plena juventud.

ESPECIAL